La lectura de regazo:
un proceso de mediación que forma para la vida

Juan Carlos Sánchez Huete (jcshuete@cesdonbosco.com)
José Quintanal Díaz (quintanal@cesdonbosco.com)
C.E.S. Don Bosco. Universidad Complutense. Madrid

Leer puede ser uno de los actos más intensos que realice el ser humano. De manera especial, en los primeros años de vida, cuando el libro se convierte en pretexto para la imaginación, motivo para la recreación y, sobre todo, en una forma de relación entrañable.

Aprovechando esta coyuntura, nos parece interesante y necesario llevar a efecto una reflexión, desde el punto de vista psicopedagógico, de los beneficios que para el niño[1], lo mismo que para el adulto, supone contar desde los primeros momentos de la vida, con experiencias de lectura, en las que el libro resulte un pretexto y un motivo muy especial para la relación. Es lo que hemos dado en llamar "la lectura de regazo" (**Quintanal** 1999: 37).

1.- ¿Qué es? Acerca de su naturaleza

Empecemos señalando qué se pretende reflejar con este término, un concepto de connotaciones todas positivas, para aquellos que desde nuestro rol de padres lo experimentamos con emoción.

Lo de *lectura* no parece tener ningún problema para interpretarse. Se entiende por tal el acto de desentrañar el contenido de un texto, bien sea representado literariamente, mediante textos, o bien con apoyo gráfico (que en los primeros contactos del bebé con el libro predominará, inexorablemente, sobre el anterior). Una imagen, es muy cierto, vale más que mil palabras. Se trata pues de acceder al contenido impreso, darle forma de un modo creativo y recrearlo en la

[1] A partir de ahora emplearemos los genéricos niños, alumnos, padres, maestros, etc. para referirnos a ambos sexos y facilitar una lectura más ágil del texto.

imaginación, bajo fórmulas que no se someten a ninguna regla, donde todo está permitido y es válido: su única limitación es que provoque un efecto gratificante en los lectores, adulto y niño, porque ambos se benefician de ello.

Lo *del regazo*, al referirse a un lugar físico, sobre todo para quienes lo hemos experimentado, tampoco resulta difícil de localizar. La Real Academia Española (2001) lo describe como ese recóndito enclave que se crea en la confluencia de brazos y cuerpo, de la cintura hasta la rodilla, donde se da y se encuentra "amparo, gozo o consuelo". Resulta importante la connotación emotiva que se tiene en el término, pues supone por un lado "acogida"; de hecho no se sitúa a nadie en el regazo a menos que se le pretenda dar ese "calor" y esa seguridad que únicamente el "enfaldo" como lo define la RAE, posee. Poner al bebé en el regazo supone darle "calor", el propio de la acogida, el calor del propio cuerpo y el calor que implica la relación afectiva que en dicha postura se consigue.

Nos referimos por tanto a la *lectura de regazo* con esta doble connotación, por tratarse de un acto "entrañable", que permite la relación afectiva entre dos seres que se quieren, que se manifiestan aprecio de forma sensible, en simbiosis perfecta a través del regazo y, al mismo tiempo, que se desea prolongar a lo largo del tiempo, que perdure, que les permita a ambos gozar de la presencia del otro, a través del libro, como disculpa que justifica tan íntima y profunda actuación. El libro juega una función motivante, estimulando la relación afectiva, con otro tipo de relación, la que ambos protagonistas entablan compartiendo en su imaginación figuras, acciones, formas y colores diversos, recreando el contenido textual, imaginando lúdicamente todo lo que éste les brinda. Señalemos que ese goce es compartido, común, no parece la suma de dos recreaciones que se intercambian ni se estimulan mutuamente, sino que esa simbiosis a la que nos referimos, se consigue en virtud del interés mutuo

por vivir, lúdicamente, la relación afectiva que entre ambos ya existe.

Definiremos entonces *la lectura de regazo*, como el *acto noble, sencillo y cariñoso de recreación lectora que tiene lugar entre el niño y el adulto*. Es pues, *una experiencia intensa en la que el acto de lectura se interpreta de forma lúdica, para fundirse en la relación afectiva generando vivencias y sentimientos compartidos.* Este tipo de relación provoca en el niño unos lazos de afectividad tan intensos, que quedan grabados en su corazón con fuerza y, de algún modo, presiden todo contacto que en el futuro vaya a tener con el libro. Será acicate que, cuando crezca, estimule su voluntad en busca de nuevas experiencias, igualmente recreativas, con las que solazar convenientemente su espíritu y su imaginación. En definitiva, es una forma de crear un lector/a, no la única, pero sí un buen comienzo.

Conviene señalar que el acto de relación en el regazo trasciende lo que sea un simple acompañamiento del niño, cuando lee. No se trata de "estar con", sino que ha de interpretarse como una forma de "ir hacia", juntos, compañeros de viaje. El simple hecho de estar compartiendo ya justifica la finalidad de la propia lectura. No se trata de "leer" literariamente, adiestrando, ni tampoco de formar en términos didácticos, es... simplemente eso, compartir, "partir con...", en nuestro caso, con ese niño que tanto placer puede encontrar en su viaje (imaginativo), y que tanto deleite nos proporciona también a nosotros, adultos, con su recreación, porque ésta es el auténtico eje en torno al cual gira la relación: la lectura, "su" lectura, la del niño, y nuestra palabra, "cálida, atractiva y perseverante" (**Asensi** 1998:5). Viviremos en la imaginación el modo en que él interprete los hechos, las formas, los contenidos, no importando si éstos responden a la realidad cotidiana, o se someten a las normas estrictas de la existencia real. No importa, incluso si es irreal, y lo convertimos en vivencia imaginada; en ese caso mejor, pues se estimula la creatividad y llevamos nuestra relación afectiva más allá del simple conocimiento, al reino donde imperan el placer y la recreación, donde todo es permitido; al país donde lo lúdico se impone sobre todas las cosas: tengamos presente que únicamente desde la creación es posible alcanzar la recreación.

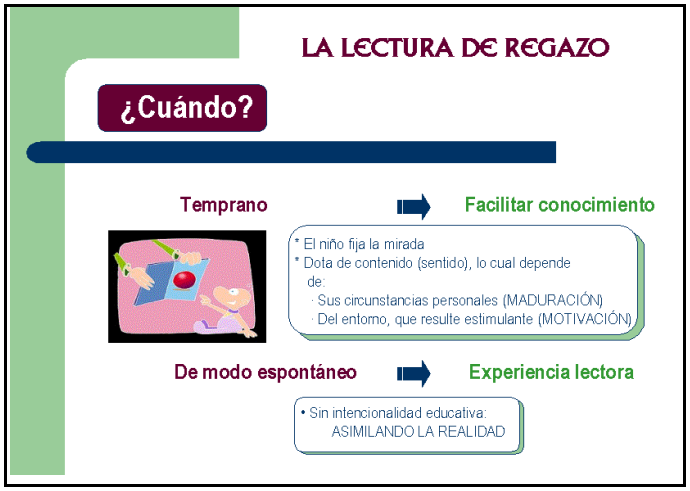
Y como adultos, partícipes del acto de lectura en el regazo, también es

importante que conozcamos nuestro papel de mediadores, pues en realidad complementamos con el estímulo, la acción pedagógica que se ejerce sobre el libro. Señalando imágenes, significando formas, preguntando curiosidades, animando a buscar, indagar, localizar, señalar, crear y recrear, identificar y conocer, figurar e imaginar,... nuestra función es la provocación, el estímulo mediador, que pone en relación al niño o la niña que ocupan nuestro regazo con el libro, que desde la mano que lo sostiene ocupa el resto del universo en ese momento (cuando los sentimientos afloran de ese modo, a borbotones, no existe otro mundo); lo bello, lo entrañable nos abstrae. La lectura en el regazo significa por tanto, algo más que leer, significa vivir, se vive, y como todo lo que se vive, se disfruta y marca (se graba) en la vida.

2.- ¿Cuándo? El momento es importante

La segunda cuestión que nos inquieta dar respuesta efectiva, en torno al acto lector que en el regazo encuentra desarrollo, es localizar el momento adecuado para su aplicación. O quizás, mejor diríamos para su inicio, porque, no neguemos la evidencia: nunca perderemos, ni siquiera de adultos, las connotaciones lúdicas y afectivas que tiene leer con alguien en su regazo. De hecho, puede resultar un ejercicio cuya práctica erradique las inhibiciones absurdas de nuestra cotidianidad (está comprobado que la psicolectura tiene un efecto psicoterapeútico). No obstante, centrémonos en los niños, y continuemos con esa práctica que realizamos con ellos. ¿Cuándo es momento oportuno para ponerla en marcha? Diríamos que “temprano”, por aquello de aprovechar las connotaciones afectivas que posee el ejercicio, y estimular de un modo gratificante a nuestro bebé. El momento en el cual el niño fija su mirada parece oportuno para ocupar algunos espacios, no muy largos en el tiempo, aunque conviene que resulten intensos en la relación, compartiendo el juego que nos brinda el contenido del libro.

No obstante, hemos de confesar que no todos los motivos que nos incitan a recomendar el inicio de la práctica lectora en los primeros años de la vida son de carácter sensible. También encontramos ventajas de orden intelectivo que aconsejan su ejercicio (**Solé** 1996:5). El contacto con el libro, estimula el ejercicio neuronal de pensamiento en el niño, algo que va a marcar toda su vida y que, en cierto modo, dará sentido a ésta.



Pensar es bueno y enseñar a pensar, excelente. El libro presenta un mundo reducido, en miniatura, pero perfectamente alcanzable por el bebé, de modo que no costará en absoluto introducirle en él. Si además lo hacemos de la mano de la afectividad, como hemos dicho que sucede en el caso de la lectura de regazo, mejor aún. Por medio del texto, de los contenidos gráficos y visuales, el niño dota de sentido a la vida, su mundo particular del que disfruta y goza porque lo puede controlar. A medida que vaya creciendo ese mundo, con el uso apropiado de su recurso imaginativo, lo irá ampliando, sin perder el control de la limitación, por lo que el libro se puede convertir en la llave que le abra el camino del conocimiento y le permita introducirse, de su mano, en él. Cuando decimos de la mano nos referimos a que será de un modo seguro y cómodo, espontáneo, sin estridencias; llevado por el goce de la experiencia, generando en su interior un sentimiento positivo de vivencia lectora, gestando poco a poco el germen de un auténtico lector, e irá forjando en esa práctica el espíritu imaginativo que lo lleve de adulto a buscar el conocimiento, la recreación, o la reflexión que todo libro pueda contener.

Esta es pues nuestra posición: nos parece conveniente adelantar todo lo posible el inicio de la experiencia lectora (como vivencia compartida en el regazo del adulto, nunca como ejercitación alfabetizadora), situándola en el momento en que

se es capaz de fijar la mirada, aunque hemos de hacer una salvedad: el ejercicio de fijación ocular, no lo reducimos al posicionamiento del órgano ocular en un punto concreto, en nuestro caso el libro; tampoco nos referimos a él como ese control que pueda manifestar el bebé dirigiendo el punto de fijación en la dirección que pueda marcarle nuestro dedo o nuestra palabra (mediadores), sino que lo interpretamos como ese momento en que es posible "fijar" la mirada, en un sentido pleno, con contenido. Queremos decir que el niño es capaz de identificar por sí mismo el elemento que encuentra al otro extremo de su visual, pues no tiene sentido que practiquemos con él ningún juego lúdico de lectura si mira y no ve. Ese potencial que muestra el sujeto para dicho ejercicio lo determinan dos elementos: por un lado su propio proceso de maduración, que viene condicionado por las circunstancias personales de crecimiento de cada niño (la inteligencia se manifiesta desde lo primeros momentos de la vida, si bien a estas edades tampoco encontraremos gran variabilidad de unos sujetos a otros). El otro será el entorno, que ha de resultar por supuesto, motivante (**Colomer** 1997: 13). Cuando está acostumbrado a vivir entre estímulos constantes, el lector no tiene ninguna dificultad para localizar en el libro los mismos elementos que ya ha conocido en el exterior. Y al contrario, cuando un bebé ha visto reducido su mundo experiencial, le costará identificar las formas, los colores, o las figuras en el marco reducido de un libro, y nos requerirá empezar nuestra mediación generando estrategias que le permitan acceder a ese contenido textual.

Eso sí, hemos de tener presente que en todo momento, y de cualquier modo, la experiencia lectora a la que se le someta, ha de resultar para el niño natural, nunca forzada. No puede conllevar ningún tipo de connotación o intención educadora. Otra cosa será que tenga ese efecto en su conocimiento, pero la ejecución ha de ser movida únicamente por el juego, de forma espontánea, aproximándose juntos, niño y adulto, a la realidad, esa realidad que el pequeño desea y necesita conocer, y que de la mano del adulto, y acompañado del libro, además le resultará ... eso... gratificante.

3.- ¿Cómo? La forma de hacerlo

La lectura de regazo, ya se ha manifestado, requiere la presencia de esos dos sujetos, niño y adulto. Si bien es cierto que la acogida que se dispensa en tan entrañable lugar es, desde un comienzo, potestad casi exclusiva de la madre, para el tema de la lectura este rol lo puede desempeñar cualquier adulto. Es evidente que la implicación de padres y abuelos en tal menester es necesaria y que las historias de unos y otros, por aquello de los saltos generacionales, siempre resultarán la mar de enriquecedoras para el niño. No obstante, no debe olvidarse el papel a desempeñar por los hermanos mayores, pues los procesos de socialización que acontecen en estas edades son decisivos para una buena formación de la personalidad. La relación entre iguales muchas veces aporta un matiz enriquecedor a la experiencia de compartir una lectura, por cuanto al ser más próxima la relación que se establece entre ambos (hermanos, primos, amigos...), su comunicación, el pensamiento, fluye con una camaradería que los convierte en cómplices de una misma vivencia.

En estos momentos iniciáticos, prima la imagen sobre la palabra, que es mediadora... pero no cabe duda que si, la imaginación es creativa y libera buenos relatos, no debemos inhibirnos: contemos lo que queramos; no resultará difícil subyugar, conseguir que el niño fije la mirada en un punto perdido porque él, también, está creando, imaginando un mundo repleto de fantasía e ilusión. Pero tengamos muy presente el papel que la palabra juega en esta relación. Con ella traban contacto niño y adulto, y de ella se sirve éste para orientar y dirigir, la mirada, la expresión, el pensamiento y la imaginación del neolector (o en muchos casos, no lector). La magia de la palabra radica en la entrañable relación que con ella se genera. La dulzura de su ambiente, el candor del regazo, endulza el aroma y permite que el niño “saboree” literalmente lo que hace. En el encanto de la palabra radica la magia del momento.

El libro, de este modo, es un medio a disposición del adulto. Este dejará, sencillamente, discurrir su imaginación por él, sirviéndose del contenido para provocar la reacción, la respuesta del niño. Una respuesta que brotará espontánea, llena de candor, saboreada con todo su “color”. El libro, el contenido textual, cobra así un protagonismo que no podemos ignorar. Puede ser un buen o mal aliado en la relación.

No cabe duda que el apoyo escrito y textual determinará, en su reiteración, un gusto por la lectura, incluso anterior al aprender a leer, sobre todo cuando se realiza a través de textos cuyas características sean atractivas y sugerentes para el niño. La historia, su narración, la presentación,... lo demás queda a merced del lector.

Y lo mismo en el hogar que en la escuela. Porque los programas escolares han de constituirse, si no lo son ya, en una continuidad sistemática de la lectura de regazo, sobre todo si se pretende conseguir que la autonomía del niño, “para ir” a la biblioteca, sea una realidad y no una obligación . En el marco del aula es posible y necesaria este tipo de experiencia, si lo que se pretende es el ser un buen lector. Bajo la fórmula que se desee: compartida, en corrillo, en grupos... la experiencia y el deleite lector no exime ni mucho menos a la escuela.

4.- ¿Para qué? Sembrando para el futuro

Las conclusiones extraídas de las recientes evaluaciones sobre diversos aspectos de nuestro sistema educativo, entre ellos la comprensión lectora, son muy

esclarecedoras. Cada vez son más los alumnos que se ejercitan en lo que denominamos lectura mecánica de textos, sin comprenderlos. Independientemente de consideraciones sobre la incidencia que esto comporta en el rendimiento académico, es importante reflexionar, y más desde nuestra práctica docente, sobre la desalfabetización y/o analfabetización -dependerá de situaciones y edades-, que se provoca si no se trabaja con gran rigor didáctico el tema de la lectura.

No cabe duda que esta situación se genera desde una falta de previsión en los primeros años de escolarización (etapa infantil). Cuando la relación comunicativa escrita y la comunicación oral estrechan sus vínculos, se aseguran los procesos necesarios para alfabetizar al niño. Así el libro juega un papel fundamental que la escuela ha de potenciar. Entonces es cuando toma cuerpo la finalidad de la lectura de regazo. Téngase presente que se trata de un ejercicio que es previo del proceso lector formal. Incluso llega a ser un modo de socialización muy válido, pues consigue que, a través de la observación, el niño identifique componentes gráficos, valore cualidades -como la forma, el color, el tamaño- integre vocabulario y, en suma, se enriquezca. De este modo se obtiene una referencia a la lengua escrita, verdadero caldo de cultivo para posteriores aprendizajes.

Existen otras características indispensables para no alterar el proceso de consolidación de estos pequeños hábitos. Por ejemplo, la importancia de convertir al niño en protagonista de su recreación, mediante las vivencias experimentadas con los relatos y lecturas que se le hacen. O la paulatina adquisición de habilidades referenciales para comprender narraciones más complejas. No las desdeñemos, pues forman parte de todo el entramado educativo que conlleva cualquier acto lector, sea en el regazo del hogar, o bien en el grupo de aula. El hábito de leer es el más práctico, efectivo y enriquecedor

de los aprendizajes.

Dos son las cuestiones que deben considerarse desde la reflexión de una adecuada pedagogía lectora: la primera es que el niño, alumno en este caso, tome contacto físico, real, con el libro; lo manipule, lo sienta y lo participe como suyo. Esta relación le deparará referencias significativas sobre lo que es el hecho lector, así como incidirá, de forma determinante, en la adquisición futura de este rol. Jugando y usando el libro el niño descubrirá sus componentes, sentirá los matices de cada uno y encontrará una disposición precisa de todos ellos.

La segunda cuestión es que la biblioteca, bajo la fórmula que se nos antoje, o que nos alcance, sea una realidad presente en la vida cotidiana del niño: el rincón de lectura, el área de biblioteca, la colección de libros... cualquiera es válida con tal de que aproxime al niño ese volcán imaginativo que puede llegar a ser un buen libro. Sólo se necesita el empujoncito leve, certero y constante del adulto mediador, que les induce a leer, a crear, a expresar y a compartir cuanto sentimiento encierra el corazón de un potencial lector.

5.- La experiencia lectora del cuento

Lo perdurable en el tiempo es bueno... el cuento es perdurable... luego el cuento es bueno. Valga el silogismo para validar este tipo de texto que, generación tras generación, sigue encandilando a todos los niños del mundo. Contar cuentos es, más que una técnica, una tradición literaria que ha vencido a la aparición de la televisión, en su momento, o a la irrupción de la informática en la actualidad.

El cuento es buena excusa para buscar momentos de descanso e interrumpir tareas más académicas, para constituirse en alternativa a otros medios audiovisuales o, simplemente, para acompañar al niño a la cama.

Desde la experiencia compartida que supone escuchar y contar un cuento, hay una complicidad donde, el que escucha, percibe que quien lo cuenta se acerca a su mundo, integrándose como un elemento más de la aventura, donde los

desarrollos y desenlaces se viven con intensidad inusitada hasta que llega el clásico "*colorín, colorado*"...

Otro elemento de fidelidad, entre el que cuenta y el que escucha, se halla en la trama de los cuentos: los momentos desagradables que viven los personajes y que generan situaciones de tensión, se truecan en finales felices que a todos agradan. Incluso como apuntan algunos autores (**Bettelheim**(1997), **Asensi**(1998), ...), estas vivencias experimentadas pueden ser solución a trastornos infantiles propios de estas edades.

A parte de esta perspectiva cuasi terapéutica, el docente ha de encontrar en el cuento una doble finalidad educativa. Por una parte, los valores y las actitudes que aparecen en los relatos pueden y deben servir para la educación en valores, tan demandada hoy en día desde la sociedad. Por otra, es un primer contacto con la literatura, donde el lenguaje adquiere una elaboración más cuidada y, por consiguiente, enriquecerá el bagaje cultural del niño. La importancia de la comunicación verbal, bien a través del lenguaje oral o del lenguaje escrito es fundamental: intercambiamos ideas y nos relacionamos, recibimos información...

El cuento dispone de una estrategia metodológica única consolidada en tres momentos:

- identificación de elementos;

- predicción que puede generar... acciones, relaciones, cualidades;

- recreación.

El niño, con la mediación y ayuda del profesor, o del adulto que lee el cuento, descubrirá e identificará una serie de elementos (personajes, acciones, conjeturas...) que son una inmersión en la dinámica del acto lector. La atracción de los personajes sobre la atención del niño es un factor decisivo desde el cual trabajar la comprensión lectora. Sabemos de niños que llegan a interiorizar de tal forma el cuento, que son capaces de reproducir, sin saber leer aún, frases completas registradas en el texto.

Una estrategia muy oportuna cuando se consigue este clímax es la predicción. Llegado un momento, el lector interrumpe la lectura y pregunta a los oyentes que piensan sobre lo que después ocurrirá. Muchos son los que, atropelladamente, resuelven obviar el nudo, la trama del cuento, y acabarlo con desenlaces, a veces, descabellados y por desgracia, violentos. Es por eso que el profesor, o lector del cuento, debe mediar e inferir la corrección de esas manifestaciones violentas generadas desde la televisión fundamentalmente.

Bibliografía

Asensi, J. (1998) "*El cuento oral y sus valores educativos*". **Boletín AEL,** nº 2. Marzo. Págs. 3-7.

Bettelheim, B. (1997) *Aprender a leer*. Barcelona: Grijalbo.

Colomer, T. (1997) "*La enseñanza y el aprendizaje de la comprensión lectora*". **Signos,** año 8, nº 20. Enero-Marzo. Págs. 6-15.

Quintanal, J. (1999) *La lectura de regazo*. Madrid: Dykinson.

R.A.E. (2001) *Diccionario de la Real Academia de la Lengua*. Madrid: Espasa Calpe.

Solé, I. (1996) *"Estrategias de comprensión de la lectura"*. **Lectura y Vida**, año 17, nº 4. Diciembre. Págs. 5-22.